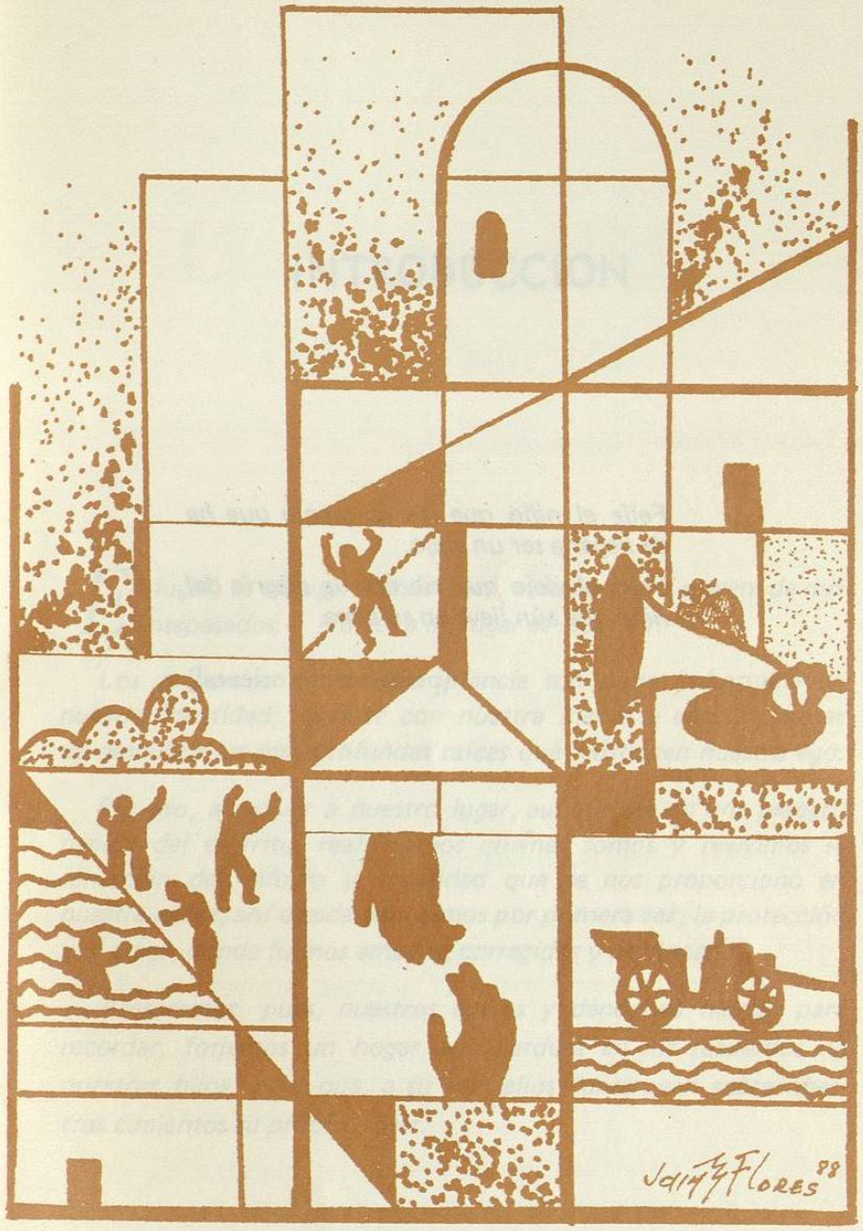
## Primera Parte

# El regreso a mi lugar


JAIME FLORES 88

*Feliz el niño que ríe ignorante que ha de llegar a ser un viejo.*

*Feliz el viejo que ríe con la alegría del niño que aún lleva en su alma.*

(pensamiento oriental)



# INTRODUCCION

*El lugar, es el lugar donde nací, el lugar de mi origen, de mis antepasados.— Volver a mi lugar es recordar.*

*Los recuerdos de nuestra infancia son parte imborrable de nuestra identidad, regresar con nuestra mente a ellos, es tratar de descubrir las más profundas raíces que sostienen nuestro ego.*

*Por eso, al volver a nuestro lugar, aunque sea en una peregrinación del espíritu, reafirmamos quiénes somos y revivimos la sensación del refugio y seguridad que se nos proporcionó en nuestra niñez, ahí donde conocimos por primera vez, la protección y el amor, donde fuimos amados, corregidos y perdonados.*

*Atesoremos, pues, nuestros ayeres y dándonos tiempo para recordar, forjemos un hogar que perdure en los recuerdos de nuestros hijos, para que, a su vez, ellos construyan sobre nuestros cimientos su propio hogar.*

# La mano cálida del abuelo

**(A la memoria de D. Vicente Torres)**

*LA mano cálida del abuelo, que al oprimir la mía, siendo aún pequeño, me transmitía la sensación de confianza, de abrigo y de ser alguien a quien se quiere.*

*Todas las mañanas, temprano, el abuelo me despertaba, tomaba mi mano con su mano vigorosa y cálida y emprendíamos la marcha hacia el mercado para comprar el abasto diario, (a ello debo la agradable costumbre de ser un madrugador). De su mano, marchando a su paso, sentía que éramos los dueños del mundo.*

*Tomado de la mano del abuelo, el nieto entablaba pláticas, preguntas y respuestas; los interminables ¿por qué? útiles a la tierna edad que asoma al mundo del asombro y del infinito horizonte.*

*Ver trabajar al abuelo, era la revelación objetiva de cómo obtener el pan nuestro y cotidiano.*

*Sin ser jardinero, transformó el alma del nieto en tierra ávida para la buena siembra.— La semilla que guardaba para sus años de invierno, germinó en el alma del pequeño.*

*Sin saber de la entelequia del Quijote, sus digresiones ante el auditorio único del nieto, tenían mucho de lo que el sublime ilusionado, proclamaba; pero dicho en el lenguaje sencillo y actual para que hasta los pastores de hoy lo entendieran.*

*Nunca pregonó prosapia alguna, consciente de que el tronco del árbol comienza en uno mismo y de ahí para adelante . . .*

*La mano cálida del abuelo que tomó mis dedos y me enseñó a hacer la señal de la Cruz, llevándola a la frente y terminando el sublime ademán en mis infantiles labios.*

*La mano cálida del abuelo.— Las primeras manos por las que sentí respeto.*

*La mano cálida de mi abuelo que rompiendo mis andaderas, me enseñó la firmeza del seguro paso.*

*La mano cálida de mi abuelo que sin ser pedagogo, sin ser jardinero, ni conocer de las andanzas del Quijote, con sus pláticas sencillas y su ejemplo, modeló mi existencia.*

*La mano cálida de este mi Señor Abuelo que fue todo un Hombre, porque sin siquiera conocer la luz del alfabeto, me supo transmitir el cariño a la vida con la lección del incesante trabajo, que es la oración más efectiva para obtener nuestro cotidiano pan.*



# Los pequeños adanes

*¿QUE fue de aquellos rapaces que como cervatillos inquietos saltaban por las márgenes del río, en aquel barrio de mi ciudad natal?.— Aquellos que iban a la escuela primaria y en sus días vacacionales se perdían traveseando, tras el parque de la gran Alameda, por las arboladas calles, con fuerte olor a hojas secas, calles humedecidas por la acequia murmurante que entraba por los solares, como gente de casa y se iba a perder siempre refrescante, entre las sombreadas huertas.*

*¿ Qué fue de los entonces chiquillos cuya figura llevo grabada en la retina del recuerdo ?.— ¿ Sus nombres ?.— ¡ Para qué !.— Solamente he seguido teniendo relación fraternal con dos o tres de ellos cuya amistad conservo celosamente, como se cuida al buen vino que al madurar en la fina barrica, sabe mejor.*

*Aquel grupo de rapaces gozaba en la corriente del río, saltaban por las laderas de la loma y con gritos de conquista alcanzaban, trepando, las más altas ramas de los árboles. Inventaban juegos y competencias.— En esos parajes fueron jinetes de potro ima-*

*ginario, marinos, piratas o pescadores con anzuelo alfiler y grandes nadadores en la represa del río que su ingenio infantil las volvía más profundas, acomodando, una sobre otra, las piedras sumergidas, complementadas con ramas de la jarilla, ahí abundante. El río existe; pero domeñado por la técnica canalizadora, perdió su aspecto primigenio.— He ido a los parajes donde la infancia se recreaba y ahora sólo se contempla el árido canal de concreto.— Ya no las jarillas, ni los sauces.— La obra devoró las verdes riberas.— Para los que no conocieron los no muy lejanos ayeres, la evocación resulta de fábula.*

*Supimos disfrutar nuestra época de infantes.— No sé, ni me explico cómo puedan disfrutar los muchachos de ahora.— Eramos fieles observadores de las temporadas de juegos, que año, tras año llegaban:— Decíamos: temporada de las canicas, del trompo, de volar y armar papalotes y eran nuestros más caros juguetes: un trompo de madera, las canicas de cristal o de barro, el papalote armado en casa y la pelota formada con el larguísimo hilo sacado de una media de popotillo.*

*Precisando el enfoque del recuerdo, evoco un incidente infantil, que ya revelaba la decisión de esos muchachos para resolver sus propios y buscados problemas.*

*Habían pasado varios días de la avenida del río; pero sus aguas aún corrían turbias y con fuerza y aquellos chiquillos, en número de ocho, se divertían en la ribera sur en el barrio que se llamaba "Río-Verdito" y se propusieron atravesar la corriente, hasta alcanzar la ribera opuesta.— Se lanzaron al agua, desnudos, (porque su edad y lo apartado del lugar, en aquel entonces, lo permitía), llegaron a la otra orilla, descansando en ella, tendidos sobre el suelo pedregoso, pasaron varios minutos; hasta que uno de los rapaces confesó haber batallado con la corriente y con las piedras sumergidas, por lo que, francamente tenía miedo de regresar.— Otro más confesó lo mismo, terminando todos por aceptar el uniforme temor a la corriente.*



*El problema era el regreso, su ropa estaba al otro lado del río y entonces nació la gran decisión:— Con toda su inocente desnudez, desfilaron río arriba por la ribera del, para ellos, temible río. El ancla de salvación lo era el puente del ferrocarril. El recorrido fue de ocho calles pedregosas, protegiéndose a veces con las jarillas, higuerillas y los sauces, otros a campo raso, llegaron al "puente de fierro", ahí otearon el riesgo de la proximidad del tren de Tampico, que una curva ocultaba, seguros de lo anterior, atravesaron raudos sobre el puente, traviesa tras traviesa, en el lado opuesto, bajaron del talud ferroviario, llegaron a las "Vegas de los Treto" pasaron por las tenerías de Don Isidro Ruiz, luego las de Don Vicente Torres (mi querido abuelo) y llegaron, por fin, a la tierra prometida, o sea el sitio donde los esperaba su ropilla.*

*Es posible que de la gente adulta que pululaba por los descritos lugares, nadie le haya dado importancia al paso de aquellos pequeños adanes, ni se hayan imaginado su bochornoso peregrinar; pero los menores sí se sentían observados en su buscado fracaso.*

*Salvados del naufragio, más espiritual que físico, el grupo se juramentó para no comentar, jamás, la caudalosa y adánica aventura: fue su primer hermético secreto.*

*Se dice que el tiempo es bálsamo maravilloso que cura las afecciones del alma.— Por eso, hoy, que el recuerdo se va diluyendo, no creo pecar de indiscreto al revelar el infantil acontecimiento, que contemplaron con comprensivo afecto, las ya desaparecidas frondas, que existieron en el río de mi lugar.*

# El danzante volador

**Para: Enrique Martínez Muraira**

*DE las fiestas religiosas, que año tras año, se celebraban (y se celebran) en mi ciudad de origen, las del 12 de Diciembre o Día de Guadalupe, es la que llevo más grabada en mi recuerdo.— Tal vez se deba a que mi casa paterna estaba situada en la calle que precisamente, conduce al llamado Santuario o Capilla de Guadalupe, que se yergue a su final y en lo alto de la loma.*

*Su fábrica maciza, destaca y domina el panorama arbolado de la ciudad.*

*En la fecha indicada amanecía esa calle, barrida, regada y adornada con cadenas de papel de china, pendientes de acera a acera, en lo alto de las casas vecinas.— La Capilla, resplandeciente, por el artificio de un alumbrado original que proporcionaban unos mecheros de petróleo colocados en los pretiles de sus dos elevadas torres, pues hay que advertir que por el tiempo de mi reseña no existía en esa zona de la ciudad servicio de alumbrado eléctrico.*

*Por la mañana temprano, empezaba el peregrinar de creyentes y así, todo el día, visitaban el templo, cumplían sus votos y se*

*quedaban para presenciar las representaciones que en el atrio se celebraban, que a veces eran pastorelas, con su argumento provisto de parlamentos y cantos, o bien de danzantes.*

*En estas últimas intervienen personajes caracterizados de indígenas que se tocan con penachos de plumas, calzan huaraches y visten un faldellín, con una sonaja en una mano y un arco de madera en la otra, bailan al son de su doliente violín; y unas comparsas que simulan ir cabalgando en un remedo de caballo, que le dan forma con una armazón de carrizo y que como una crinolina, pende de sus hombros y al ir danzando mueven al supuesto equino.*

*Esta representación recuerda la lucha de los conquistadores y los aborígenes.— Al paso que danzan simulan ir peleando o cruzando sus armas con los de a pie.*

*Entre los danzantes destaca el viejo de la danza (el gracioso de las representaciones teatrales antiguas), provisto de un atuendo ridículo: su supuesto caballo es una armazón forrada con costales, lleva una careta con barbas de ixtle, larguísimas, en una mano una muñeca de trapo y en la otra un látigo que hace restallar y al mismo tiempo que danza lanza gritos estentóreos para impresionar al público.*

*El Santuario, en lo alto de la loma, lo circunda completamente una barda de cuarterones de sillar, la puerta de entrada de esta barda da precisamente, a la adornada calle como invitando a los creyentes a entrar.*

*Por el poniente, tras de la barda, existía un arroyo (hoy casi cegado por el aluvión), con una pendiente pronunciada de unos veinte metros de profundidad, entre esta pendiente y la barda circundante, corría una estrecha vereda; por ese lado se había practicado, quitando los sillares, un portillo hasta el suelo; destinado para arrojar a la profundidad, ladera abajo, los*



*escombros de las reparaciones que tiempo atrás se habían practicado al templo.— El portillo, pues, quedó abierto.*

*Los rapaces, por cuya existencia actual pregunto, eran unos consumados escaladores de las laderas del arroyo y se sabían de memoria las cuestas y bajadas, corriendo, con pie seguro, por esos escarpados lugares.*

*Sucedió que en el patio del templo, los danzantes festejaban a su Patrona. Era de noche y por carecer de servicio eléctrico se iluminaban con lámparas alimentadas con petróleo o gasolina; más allá de este alumbrado reinaba el manto negro de la obscuridad. Los danzantes desarrollaban ante el público sus redoblados pasos; los de a pie simulaban arrojar flechas con sus arcos, los de a caballo, bailando, bailando, descargaban mandobles con sus espadas de madera.*

*El viejo de la danza estaba como nunca de gracioso: "parece que comió payaso", decía una señora.— A las muchachas que estaban descuidadas les daba a besar la muñeca de trapo y estallaba la risa a costa de la distraída víctima.— Lo malo fue que también encontró propicio para sus gracejadas la presencia de los rapaces que disfrutaban, en grupo, del espectáculo.— Le dio por partir tras de ellos, gritando y restallando el látigo, a grandes zancadas con su caballo perseguía a los muchachos quienes se salían, corriendo, por la puerta principal; al principio le siguieron el juego, pero luego sintieron que los chicotazos iban en serio y ya varios habían sido victimados por el barbudo personaje.*

*Agraviados ante esta envestida, idearon el desquite: conocían el lugar; ventaja que tenían sobre el gracioso.— Con esta seguridad se acercaron a él, lo provocaron con gestos y gritos y él los persiguió con el látigo, dando alaridos; pero los muchachos esta vez se salieron por el portillo y se escurrieron perdiéndose en la obscuridad.— El viejo brincó el portillo y en el salto libró la*

*vereda y al faltarle el suelo el grito se convirtió en alarido de terror cuando se fue volando por los aires, rodó por la empinada cuesta del arroyo en cuyo fondo se oyó el estrépito de la armazón de carrizo, la muñeca quedó despatarrada, voló la careta y en lo negro de la noche se oían los clamores del danzante volador, que lo fue por no conocer la pendiente, ni a los rapaces, a los que en su mala hora se le ocurrió perseguir.*

*Al viejo lo sacaron rasponiado, su disfraz hecho pedazos; pero sin parte alguna de su cuerpo fracturado, (milagro de la Virgencita, decían las beatas); pero ya no pudo actuar.*

*Los rapaces salvaron la ladera y se fueron a sus hogares. Los danzantes regresaron a su lugar de origen y la calma reinó al pasar los días. Ya volverían nuevas fiestas de Diciembre . . .*



# Nadie es profeta en su tierra

**(Toñito quiere galletas)**

*"NADIE es profeta en su tierra", suele decir el antiguo proloquio que por consenso popular ha sido elevado a sentencia de universal sabiduría.*

*Tiene como base el pasaje bíblico atribuido al poco caso que sus coterráneos de Nazaret hicieron a Jesús cuando predicó entre ellos.*

*Todo esto resulta verdad, sobre todo, en los lugares pueblerinos, en que se conocen todos los vecinos, por ser parientes o por convivir en la estrechez urbana de su corto desarrollo.*

*El asunto resulta clarísimo cuando por la familiaridad entrelazante alguien dice: "hoy llegó al pueblo fulanito, que ya es doctor o médico", inmediatamente viene la réplica de don no sé quién. "¿Ese?, ese es el hijo de Don Telésforo el de "La Esperanza", (tienda de abarrotes), con ello, quiérase o no, ya bajó al recién titulado de su pedestal Hipocrático sobre el que se viene sustentando.*

*Lo mismo sucederá si el recién llegado ostenta título de Abo-*

gado o de Ingeniero, porque esto no le quita ser hijo de Don Robustiano el que vende pastura o de Don Pomposo el carnicero.

¡Qué difícil, pues, ha de ser para estos discípulos de Hipócrates, de Justiniano o de Euclides, empezar a ejercer y forjarse de una personalidad en su tierra natal!. Además de que en toda la gente del pueblo existe la decidida inclinación para confiar más en la comadrona, el "yerbero" o el tinterillo, que en el profesionista, así obtenga éste las borlas doctorales más prestigiadas.

La razón es muy clara, aquellos cobran barato y a la gente le importa el precio, aunque a la larga el malestar se transforme en crónico, el litigio se torne interminable y las mediciones o niveles resulten "por un pelo de albañil".

Nadie es profeta en su tierra.— Y nacen los hijos heredando el sobrenombre de sus progenitores.— Es necesario el trabajo serio, eminente y con fé en la profesión para que el recién titulado que desee ejercer en su pueblo se labre un bien ganado prestigio venciendo consejas ancestrales, sobreponiéndose a los apelativos denigrantes.

Si no está dispuesto a librar esta batalla, será preferible que inicie su carrera profesional en otras latitudes.

De mi niñez recuerdo el caso de un escolar que dio lugar a un mote que lo persiguió toda su vida.— Resulta que nos matricularon en el primer año elemental de la escuela y el primer día de clase un pequeño, exactamente a las diez de la mañana empezó a llorar desgarradoramente.— No había protestado cuando su mamá lo dejó al cuidado de la maestra, se interrumpió la clase y no fue posible que ella, con toda la paciencia que el caso ameritaba, pudiera contener aquel llanto de náufrago desolado.— Por fin, alguien recordó que el niño llorón era vecino de una maestra que atendía otro grupo y que



tal vez, por la familiaridad y conocimiento que el niño tenía de ella, lograría calmarlo o encontrar la causa interruptora de la clase. Vino la requerida maestra, sacó al niño al corredor, conversó un rato, regresó riéndose y dijo simplemente: "Toñito quiere galletas".— Es que, explicó, a la hora señalada todos los días le daban galletas, como un tente en pie.— Con la consiguiente explicación y el regocijo de todos, le mandaron comprar sus galletas al comercio cercano, se las sirvieron y el educando debutante siguió tranquilo en su asiento muy atento a la primera clase.

Pero el remate del cuento es que desde entonces, para todos nosotros aquel niño siempre fue: "Toñito quiere galletas". Así terminamos la primaria, fuimos a la secundaria y alguien informaba "Toñito quiere galletas" quedó en el grupo B.— Creo que ya para esas fechas, a Antonio, porque se llamaba Antonio, no le hacía gracia cargar con el sobrenombre que le pesaba como cruz sin Cirineo que le ayudase a cargarla.

Pasaron varios años, al entrar a la preparatoria nos llegó la noticia de que "Toñito quiere galletas" se dio de alta en el ejército para poder inscribirse en el Colegio Militar, quedando establecido claramente su vocación por seguir la carrera de los hijos de Marte.

Al paso de los años, Antonio, regresó a nuestra ciudad convertido en un arrogante militar luciendo las insignias de Capitán.— El domingo, por la noche, noche de serenata, con la apostura marcial salió Antonio a la plaza, la gente lo vio con asombro; pero pasó rápido y le saludaron diciéndole: "tú eres Toñito quiere galletas" y punto; nunca Sr. Capitán, pues simplemente para sus coterráneos seguía siendo: "Toñito quiere galletas" hasta que un día, creo yo, pidió su cambio a la superioridad y fue trasladado a otra parte donde, quizá se le respetara más en su investidura militar.